Castaños: el odiado. Propaganda y opinión pública tras la batalla de Tudela

The hated General Castaños: the negative campaign of the public opinion after the battle of Tudela

Daniel Aquillué Domínguez
Instituto de Estudios Riojanos
e-mail: danielaquillue@gmail.com

Recibido: 14-11-2020
Aceptado: 03-12-2020

Resumen:

El general Castaños, famoso por la batalla de Bailén, pasó de ser un héroe a ser visto como un traidor a España. El cambio se produjo en pocos meses, entre octubre de 1808 y enero de 1809. Por un lado, los hermanos Palafox le criticaron por su actuación en la campaña del Ebro. Por otro, desde abajo, la opinión pública amplió las críticas, difundió y creyó nuevos rumores. Este artículo plantea analizar toda esta propaganda contra Castaños.

Palabras clave:

Castaños, batalla de Tudela, opinión pública, Palafox, Guerra de Independencia Española.

Abstract:

General Castaños, famous by the Battle of Bailén, went from a hero to a traitor in Spain. This change of point of view happened in just a few months, between October 1808 and January 1809. The Palafox's brothers criticised his conduct in the Ebro campaign and, on the other hand, the public opinion amplified those critiques and spread new rumours. This paper makes a critical analysis of the campaign against Castaños.

Key words:

Castaños, battle of Tudela, public opinion, Palafox, Peninsular War.

1. Introducción

La circulación de la información a través de diversos medios, canales y en múltiples direcciones es un asunto relevante para el conocimiento de los sucesos históricos. A veces un simple rumor puede convertirse en espoleta de una convulsión o una campaña propagandística puede fijar una imagen colectiva de determinado personaje.

Así, un conflicto socio-laboral en el París de mediados del siglo XVIII conllevó la circulación de toda una serie de informaciones que desembocaron en una gran matanza de gatos; la noticia de que Luis XVI concentraba tropas en torno a París provocó el asalto a la Bastilla en julio de 1789; los rumores sobre la reina María Antonieta o sobre el inexistente romance entre la reina María Luisa y Godoy, fomentaron revoluciones y motines; el rumor de que Napoleón iba a llevarse a todos los jóvenes españoles esposados a combatir al norte de Europa, espoleó motines y el levantamiento en favor de Fernando VII en mayo-junio de 1808; la propaganda y sátira que llamaba a José I "Pepe Botellas" fijó su imagen como rey borracho. Son solo algunos ejemplos de cómo la información circulante tenía (y sigue teniendo) importantes repercusiones en todos los ámbitos. Las palabras que se dicen de boca en boca, en la prensa, en las proclamas y bandos influyen en la realidad, la moldean, no solo la representan.

En la Guerra de la Independencia Española, la pluma y la voz también fueron armas políticas, diplomáticas y bélicas de primer orden. La causa de los españoles levantados contra Napoleón se ganó a la opinión pública británica, la prensa napoleónica calificó de meros bandidos a los rebeldes españoles, en España hubo una explosión de prensa patriótica que llamaba a luchar por el rey y contra el tirano Bonaparte… Y desde 1810, la prensa gaditana reflejó, creó y transmitió ideas liberales y absolutistas, en una nueva guerra de papel que se trasladaba luego a las Cortes. Estos temas han sido abordados por diferentes historiadores, esa guerra de ideas entre fernandinos y godoyistas, entre fernandinos y bonapartistas, entre liberales y absolutistas. Un buen ejemplo de ello es el libro *Guerra de ideas: política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia* (Rújula y Canal 2012). En la actualidad se sigue investigando, como es el caso de la historiadora Mónica Garcés Palacios, la cual se encuentra realizando una tesis doctoral sobre la circulación de la información política en la España de 1808-1814.

Sin embargo, se ha prestado poca atención a esta guerra de papel, al rumor, propaganda y su circulación, en la retaguardia española resistente. Cómo se usó entre distintas facciones que pugnaban por el poder, méritos y relevancia en nombre de Fernando VII, sin que hubiera proyectos políticos esencialmente distintos entre ellas. Ese es el caso de lo sucedido en el otoño-invierno de 1808-1809, entre el círculo de Palafox y el de Castaños.

2. Otoño en Tudela: 5 de octubre-23 de noviembre de 1808

El 5 de octubre la Junta Suprema Central, tras un consejo de guerra de los principales generales españoles y sus representantes, reorganizó las fuerzas para combatir a Napoleón. Francisco Javier Castaños pasó entonces de mandar el Ejército de Andalucía al llamado Ejér-

cito del Centro. Este se debería constituir en torno a las divisiones andaluzas, pero no todas, ya que una parte quedó acantonada en Madrid y Reding marchó a Cataluña. Se le añadieron divisiones murcianas y se le debían unir las tropas de Extremadura. En total, Castaños debería mandar sobre 80.000 hombres. Sin embargo, en realidad, no fueron más de 26.000 a primeros de noviembre de 1808. Con ellos marchó a la línea del Ebro, donde se debía contener a los invasores (Casaniello Pérez 2005; García Fuertes 2008).

También en octubre se acordó un plan ofensivo para envolver a las fuerzas napoleónicas en Navarra y Vizcaya. Para ello, el general Joaquín Blake, con el Ejército de la Izquierda, marcharía hasta Bilbao, llegando después a la frontera con Francia. Por otra parte, el Ejército de Reserva (compuesto de divisiones aragonesas y valencianas), avanzaría desde Aragón hacia el norte de Navarra. Finalmente, el Ejército del Centro uniría sus fuerzas cruzando el Ebro. Eso era lo que debía suceder sobre los mapas y papeles. Pero nada salió según lo previsto. Castaños retrasó su salida de Madrid, su ejército nunca consiguió reunir los efectivos prometidos, Napoleón trasladó tropas rápidamente desde Alemania a España y se preparó para entrar él mismo al frente de la *Grande Armée*, lo que efectuó el 6 de noviembre.

Mientras tanto, Blake tomó Bilbao el 12 de octubre, Palafox y Castaños se entrevistaron en Zaragoza el día 18 de octubre, manteniendo el plan acordado, el Ejército de Reserva avanzó de Sangüesa a Caparroso, aunque sufría problemas logísticos por falta de calzado y víveres. Castaños se dedicó a inspeccionar la línea del Ebro, de Logroño a Calahorra, pero pronto sus tropas se vieron sobrepasadas por las napoleónicas.

Entre el 26 y 27 de octubre, fue atacado el punto más avanzado donde se habían desplegado tropas del Ejército del Centro: Lerín (Navarra). Allí se defendieron en solitario los hombres del batallón de Tiradores de Cádiz. Castaños calificó aquello como una defensa "inútil" puesto que era una posición indefendible y los soldados de Tiradores de Cádiz solo tenían orden de sacar víveres de allí, no de defender el lugar. Tras ver aparecer a los ejércitos imperiales por Logroño el 25 de octubre, Castaños replegó sus fuerzas sobre Calahorra (La Rioja). Acto seguido, el 27 de octubre los franceses ocuparon Logroño. Todo lo planeado sobre la línea del Ebro se vino abajo. Castaños consideró entonces necesario virar su frente, hacia el río Queiles, en una línea de Tarazona a Tudela. Este último punto lo debería cubrir el Ejército de Reserva, al mando de O'Neill en esos momentos. En ese momento se agravaron las discordias entre los mandos españoles de los dos ejércitos, Centro y Reserva.

Castaños no tenía toda la libertad de actuación que habría querido, ni el mando supremo de los ejércitos que habría necesitado, ni la autoridad suficiente. A ello se sumó que la Junta Central envió a dos representantes con la misión de coordinar a los generales y ayudar en cuestiones logísticas: Francisco de Palafox, miembro de la Sección de Guerra, y el conde de Montijo, miembro de la Junta Militar -que presidía Castaños-. Sin embargo, estos se dedicaron a otros menesteres, tomando descarado partido por un general frente a otro, esto es, por Palafox frente a Castaños.

El 21 de noviembre, viendo el avance de los ejércitos napoleónicos, Castaños marchó a Tudela, dejando a la división de Manuel Lapeña[1] en Cascante. También escribió al general O'Neill. Este se situaba al norte del Ebro, en Caparroso, con el Ejército de Reserva, casi 20.000 hombres. Le ordenaba que retrocediera su posición, cruzase el Ebro y formase en torno a Tudela. Con urgencia. O'Neill no obedeció inmediatamente. Argumentaba tres cosas para demorar su movimiento: su superior era José de Palafox y no Castaños, la estrategia acordada no era esa, sus tropas interpretarían ese movimiento de repliegue al sur como una retirada. De esta forma, no fue hasta el día 22 de noviembre cuando el ejército mandado por O'Neill se puso en marcha, llegando a la ribera del Ebro ya por la noche. Pero no cruzaron el puente, sino que acamparon. Su argumento fue la confusión y desorden de atravesar tanta tropa por un puente y estrechas calles de la ciudad por la noche. Lo efectuaron a primera hora de la mañana del día 23. Pero ya era tarde, demasiado tarde.

Ya durante la noche anterior habían discutido los generales Castaños y Palafox, llegando a tensarse tanto la situación que Pedro Agustín Girón, sobrino de Castaños, calificaría a José de Palafox de "imbécil". Girón, además, señalaba que toda la discordia se debía a que los grandes de España querían el mando supremo en manos de Palafox (Girón 1978: 238-249). Eso no hacía presagiar nada bueno. Para desesperación de Castaños, el caos general predominó en lo que sería la batalla de Tudela. Cuando el día 23 atacaron las fuerzas napoleónicas, el Ejército de Reserva estaba obstruyendo las calles tudelanas, sin formar, Palafox se embarcaba en el Canal Imperial rumbo a Zaragoza, y la división Lapeña estaba a varios kilómetros, en Cascante. Inicialmente, solo la división Roca del Ejército del Centro pudo hacer frente a la ofensiva napoleónica. Castaños dio orden a O'Neill de que formase línea de batalla en las alturas junto al río Queiles, a las afueras de Tudela. Mientras, él cabalgó a buscar a la división Lapeña en Cascante. Sin embargo, poco se pudo hacer ya. La batalla finalizó con victoria napoleónica. El Ejército de Reserva y la división Roca combatieron como pudieron hasta que, rodeados, se desbandaron hacia Mallén, Borja y Zaragoza. El resto del Ejército del Centro apenas intervino desde Cascante, retirándose a Calatayud.

El general Castaños intentó reagrupar a sus tropas en Calatayud, reforzadas con las del Ejército de Reserva. No lo consiguió. O'Neill se refugió en Zaragoza con Palafox. Lo mismo hizo la división Roca y varios centenares más de soldados del Ejército del Centro que desertaron para unirse a la inminente segunda defensa de Zaragoza. Otros cientos de soldados abandonaron las armas y la lucha en la retirada. Enterado de la crítica situación de Madrid, Castaños se encaminó hacia la capital, para socorrerla. Conforme avanzó hacia Guadalajara, su Ejército se fue deshaciendo, por las penurias que sufrían y los rumores. Hambre, frío, noticias y miedos hicieron palidecer a las tropas que llegaron hasta Sigüenza. Allí, Castaños recibió orden de la Junta Central, para presentarse ante ella. Era destituido del mando y pronto acabaría juzgado. Le sustituyó el Duque del Infantado, que llegó el 2 de diciembre, encontrándose el Ejército del Centro en una situación lamentable, con poco más de 10.000 soldados. Ese mismo día, Madrid sufría el asalto de Napoleón,

ante el que capitularía cuarenta y ocho horas después. Mientras tanto, Castaños cruzaba La Mancha, iba camino de Sevilla. Debía explicar sus actuaciones ante la Junta Central. El camino era inverso al de hacía unos meses, no era triunfal sino todo lo contrario.

3. La construcción de una realidad: la traición de Castaños

El círculo de Palafox actuó como un grupo de presión ante la Junta Central, tanto para conseguir mayores poderes como para ocultar sus errores, repartiendo y esparciendo culpas sobre otros. En el blanco de la diana estuvo el general Castaños, al que hicieron responsable de todos los males, de todo el desastre, de todas las pérdidas de la línea del Ebro desde octubre a diciembre de 1808. Este círculo o grupo en torno a José de Palafox, Capitán General de Aragón, lo constituían varias personas, todas ellas del partido fernandino, el cual había participado en la conspiración que llevó al Motín de Aranjuez, la destitución de Godoy, la entronización de Fernando VII y el levantamiento de mayo de 1808.

Pero debemos aclarar qué personas concretas formaban parte de este grupo. En su núcleo estaban cuatro hombres apellidados Palafox: los tres hermanos, José -Capitán General de Aragón-, Francisco y Luis de Palafox y Melci -Marqués de Lazán-, y el primo de estos, Eugenio Palafox Portocarrero -Conde de Montijo-.Montijo y Francisco formaban parte del entramado de la Junta Central y actuaron como sus representantes en el Ejército del Centro. Estos, además, tenían lazos con el duque del Infantado, Pedro de Alcántara Álvarez de Toledo, uno de los cabecillas del partido fernandino.

A estos aristócratas se sumaban dos militares y varios civiles. En primer lugar, el mariscal de campo Juan O'Neill, quien desde Mallorca había acudido en ayuda de Palafox en el verano de 1808, siendo el general efectivo del Ejército de Reserva en otoño. En segundo lugar, el brigadier Fernando Butrón, Guardia de Corps junto a Palafox en 1808. En tercer lugar, el ilustrado aragonés Ignacio Jordán de Asso que dirigió la *Gazeta de Zaragoza* por encargo de Palafox. En cuarto lugar, el exitoso comerciante Lorenzo Calvo de Rozas, amigo de Palafox quien le nombró Intendente del Reino de Aragón y representante en la Junta Central. Finalmente, de forma indirecta, también estaba en este círculo el secretario de la Junta Central, Martín de Garay, de familia aragonesa y que trabó amistad con Calvo de Rozas.

Por tanto, Montijo, Lazán, Francisco Palafox, O'Neill, Butrón, Infantado, Jordán de Asso, Calvo de Rozas, y Garay formaban un grupo partidario de José de Palafox, estando conectados desde distintas posiciones de poder, ya fuera por sus títulos nobiliarios, su pertenencia al partido fernandino, sus mandos militares, sus cargos en la Junta Central o su control sobre los medios de comunicación. Desde estas posiciones, todos ellos contribuyeron a dar forma a una determinada realidad de los sucesos del otoño de 1808, la cual se extendió entre buena parte de la opinión pública española, llegando a la Junta Central, máximo órgano de gobierno del momento en la España levantada contra Napoleón. El rumor, la prensa, las cartas y los pasquines fueron sus instrumentos para señalar la que consideraron culpables de todas las desgracias: el general Francisco Javier Castaños.

Su interpretación de lo sucedido se basó en varios argumentos. En primer lugar, señalaron a Castaños como un general indolente, lento e inepto, que tras la victoria de Bailén se durmió en los laureles, retrasando la partida del Ejército de Andalucía, mientras en el resto de España se seguía combatiendo. Lo mismo dijeron cuando se hizo cargo del Ejército del Centro y tardó en ir al frente del Ebro (ya el 17 de octubre). Junto a ello, le acusaron de no disponer la logística necesaria para mantener a sus tropas en la zona. En segundo lugar, juzgaron como cobardía, ineptitud o traición hacia sus hombres, el abandono del batallón de Tiradores de Cádiz en Lerín. Mismas sospechas se lanzaron sobre él a consecuencia del abandono de Logroño sin fortificarse allí y oponer resistencia. En tercer lugar, lanzaron sobre él la sombra de no ser alguien de fiar, por no ajustarse al plan ofensivo sobre Navarra, y de tener una ambición desmedida por el mando, queriendo ponerse por encima de Palafox, perjudicándole. Finalmente, la retirada de Tudela, sin que la división Lapeña protegiese el flanco del Ejército de Reserva, y no acudir en socorro de Zaragoza, afianzaron todas estas acusaciones.

Uno de los primeros en levantar la voz contra Castaños fue el primero que hubo de supeditarse a su mando, aunque fuera tarde, a regañadientes y fugazmente: O'Neill. En su inmediato parte sobre lo sucedido entre el 21 y 24 de noviembre, comenzaba señalado la situación "feliz" de las tropas del Ejército de Reserva en el "punto tan importante" de Caparroso. Estaban "llenas de ardor y entusiasmo" pensando en marchar a la toma de Pamplona, cuando recibió la carta de Castaños ordenando marchase "inmediatamente" hacia Tudela. O'Neill continuaba manifestando estar "sorprendido yo con la novedad de este oficio opuesto (…) a lo que habíamos tratado". Aseguraba que cuando, finalmente, obedeció "la sensación que hizo en la tropa de mi mando ese movimiento retrógrado" fue de que se "frustraban todas las esperanzas y malograba la situación", "los desanimaba". Es decir, por culpa de Castaños se perdía una oportunidad de victoria conquistando Pamplona a los franceses y, al retroceder hacia el sur del Ebro, se desmoralizaban las tropas para seguir combatiendo[3].

Una vez llegaron a Tudela y comenzó la batalla, O'Neill culpó a Castaños de abandonarle sin apenas instrucciones cuando "la acción estaba empeñada", mientras el Ejército de Reserva mantenía las posiciones en medio del fuego, esperando que apareciera en su auxilio la División del general Peña, como le había prometido Castaños. Sin embargo, cuando "veía una batalla ganada,[vinieron] dos ordenanzas de Caballería a decirme de parte del citado Capitán General no recelase de una columna de Infantería con bastante Caballería que venía por la izquierda, que eran las tropas del General Peña que venían de Cascante. Lisonjeado más con este auxilio que hubiese decidido la batalla a nuestro favor" continuaron luchando hasta que le informaron de que estaban siendo rodeados por los franceses. "En estas circunstancias tristes, en las de no haberse movido la División de Peña" y en vez de ella, por su izquierda, aparecieron "unos ocho mil hombres de Infantería y dos mil caballos" pero del ejército napoleónico, O'Neill ordenó la retirada[4].

Por culpa de Castaños se había perdido la oportunidad de reconquistar Pamplona, se habían desmoralizado las tropas retrocediendo, le habían abandonado en la batalla de Tudela sin órdenes, había faltado a su palabra de ayudarle con el Ejército del Centro, y en vez de aliados, por el flanco habían aparecido enemigos: "si el Capitán General hubiese mandado obrar el Ejército del Centro en auxilio sería sin duda el día más glorioso para las armas del Rey", finaliza rotundamente. Pero no fue así por culpa de Castaños[5].

Esta versión de lo acontecido quedó plasmada en la *Gazeta de Zaragoza* poco después, el 7 de enero de 1809. En ella se elogiaba a los generales del Ejército de Aragón/de Reserva, Saint-Marc y O'Neill, pero sobre todo al "excelente plan que había trazado nuestro General [Palafox] para cortar la retirada de los franceses, a cuya ejecución debía cooperar el ejército del centro mandado por el General Castaños, con quien quedó concertada y convenida". Este punto es importante. Todos insistieron en que Castaños incumplió lo pactado, faltó a su palabra y honor: "trastornó este plan tan bien ideado, porque no solo permaneció en una inacción perjudicial, sino que sacrificó el cuerpo de tropa apostado en Lerín", lo que sorprendió hasta en Madrid, pues "aun los que no tienen tintura alguna del arte militar" sabían que Castaños podía haberlos salvado con las cercanas tropas de Calahorra. Con esa inacción, también dejó "indefensa la frontera de Castilla" y "la expuso a las incursiones del enemigo luego que varió el plan concertado, y formó con su ejército una línea, desde Cascante a Tarazona" (Gazeta de Zaragoza 1809).

La *Gazeta*, dirigida por Jordán de Asso, no paraba ahí. Continuaba narrando "las desgracias" provocadas por Castaños, criticando sus "condenadas maniobras". Le acusaban de limitar la actuación de Francisco Palafox, de ordenar el abandono de Caparroso, de fatigar al Ejército de Reserva haciéndole marchar rápidamente a Tudela. Narra cómo una vez allí, José de Palafox le pidió instrucciones pero "no se le pudo sacar respuesta alguna categórica", sin ni siquiera adelantar avanzadas. Con lo cual, todos fueron sorprendidos por los franceses. Pero sin duda, lo más reseñado fue que "en lo más activo de la defensa faltó el refuerzo del General Peña que había ofrecido Castaños para sostener a los nuestros, y se dejó ver en su lugar una numerosa columna de franceses" (Gazeta de Zaragoza 1809). De esta forma, la opinión pública aragonesa -y de una parte importante de los ejércitos españoles-, entonces sufriendo el Segundo Sitio de Zaragoza, se persuadía de la ineptitud, cobardía y/o traición del general Castaños. La misma noticia se publicó en Valencia poco después (Junta Central 1809).

Casi simultáneamente, el 9 de enero de 1809 en Cuenca, el conde de Montijo movía los hilos para que se enviaran los restos del Ejército del Centro en socorro de Zaragoza. Aunque Castaños no estaba ya allí, sí que se mantenían algunos de sus apoyos entre oficiales que habían estado bajo su mando. A ellos achacaba Montijo la imposibilidad de acudir para levantar el Segundo Sitio. En una carta a José de Palafox, su primo Montijo manifestaba su alegría por haber quitado del medio a Castaños y colocado al Duque del Infantado a la cabeza del Ejército del Centro del que "no quedaba ni memoria,

y persiguiendo su vergonzosa fuga se hubieran encajado los franceses en Andalucía". Con ello criticaba la retirada desde Tudela, que podría haber sido mayor y sin combatir más. También informaba de que "han quedado aquí ciertas polillas", "las reliquias del partido de la indolencia o traición que viste", y que en esos momentos entorpecían a Infantado para que continuase en "la anterior inacción y se pierda él y nosotros"[6].

Pero sin duda, fue Francisco Palafox quien más clara y públicamente denunció todo. Primero lo haría de viva voz, simultáneamente a los acontecimientos, después lo dejó escrito a la Junta Central Suprema, cuyo secretario era Garay. De esta forma, el 28 de enero de 1809, quedaban impresos los motivos por los que Francisco Palafox había solicitado el relevo del general Castaños a fines de noviembre de 1808. Argumentaba para ello cinco causas, las cuales estructuran todo lo que venimos señalando. En primer lugar, señalaba la ineptitud organizativa y logística de Castaños al "haber llegado yo al Ejército y haberlo encontrado enteramente desprovisto de todo y sin darse disposiciones ningunas" en contra de las órdenes dadas por la Junta. En segundo lugar, achacaba a Castaños la pérdida de Logroño "cuyo Puente nos salvaba toda la navegación del Ebro, habiéndose podido defender" pero ni Castaños mandó tropas, ni lo fortificó. En tercer lugar, insistía en el abandono de "los invencibles Tiradores de Cádiz que se hallaban sitiados en Lerín". En este punto, Francisco incluso desveló que el propio Castaños le dijo "que no había querido empeñar acción y por esta razón sacrificó aquellos valientes defensores dignos de mejor suerte". En cuarto lugar, manifestó la "inacción grande para todo" de Castaños. Finalmente, en quinto lugar, acusaba al círculo del general de no ser gente fiable (Junta Central 1809).

Siguiendo la estela de Francisco Palafox, Calvo de Rozas señaló los mismos puntos, pero además añadió otros, haciendo una comparativa entre las trayectorias personales de Francisco Javier Castaños y José Palafox, contraponiéndolos en beneficio de este último. Ya poco después de la batalla de Tudela, Calvo de Rozas escribía: "tenemos cargo suficiente para hacer responsable al general Castaños de los funestos resultados que ha producido la pérdida de aquella acción pues confiesa de buena fe la sorpresa". Y es que el mismo Castaños había manifestado cómo se vieron sorprendidos por las avanzadas francesas cuando salían de las calles de Tudela. Juzgaba y sentenciaba "una sorpresa jamás fue disculpable" para un general, y menos cuando había sido advertido por Palafox la noche del 22 de noviembre de la mala situación para combatir allí, de que tardaría en llegar el Ejército de Reserva y del error que había supuesto el abandono de los puntos de Logroño a Calahorra "sin haber dejado en ninguno de ellos ni una sola avanzada" ni guarniciones, ni nada que retrasase e informarse del avance de los ejércitos napoleónicos. Así ocurrió que al amanecer del 23, "los enemigos ocupaban Corella, Alfaro y Citruénigo y que no había ni una sola avanzada en aquellos caminos". Calvo de Rozas fue insistente en esta despreocupación de Castaños, al que acusaba de hacer caso omiso de las recomendaciones y avisos de Palafox. Finalizaba volviendo a que "los aragoneses" combatieron en solitario mientras el Ejército del Centro de Castaños "fue mero espectador" de la batalla, abandonando a sus compatriotas[7].

No quedó ahí, como decimos, sino que fue más allá. Todo ello, al parecer, porque el 22 de mayo de 1809 le llegó una representación de Castaños con "imputaciones contra el General de Aragón Dn. José Palafox, atribuyéndole cobardía y otras cosas que dice no se atreve a fiar a la pluma". Calvo de Rozas sacó entonces la artillería en forma de pluma para hacer "ver a la Nación la conducta del General Castaños". Con ese fin estructuró la crítica en lo que habían hecho ambos personajes antes y durante 1808. Respecto a la conducta previa a la guerra contra Napoleón, acusaba veladamente a Castaños de ambicioso, intrigante y de adular "al monstruo favorito", es decir, a Godoy. De Palafox, por el contrario, escribió que todo era "desinterés, patriotismo, rectitud", sin tener cargos bajo mando de Godoy, como sí era el caso de Castaños, Comandante del Campo de Gibraltar. Una vez iniciada la guerra, explicaba cómo Palafox organizaba un ejército de la nada y acaudillaba a las tropas estando rodeado de enemigos, comparando "esta conducta con la del General Castaños", al que la Junta de Sevilla lo nombró "por caudillo de las tropas de Andalucía", llevando una "vida tranquila" y "sin haber tenido más que una acción con los enemigos que fue la de Bailén en que no se halló, ni haber hecho otra cosa después que recibir parabienes y aplausos, ya en Madrid ya en Sevilla" [8].

En ese juego de espejos, Castaños era presentado como un general tibio con Godoy, inepto, lento, cobarde y disoluto. Alguien incapaz de vencer ninguna batalla ni aun teniendo un ejército profesional, alguien insolidario y egoísta, que solo se preocupaba de recibir parabienes inmerecidos en vez de acudir en socorro de sus compatriotas. Calvo de Rozas no dudó en afirmar que "Bailén, es notorio que se dio con su ausencia y aun creo sin que tuviese noticia de lo que se hizo hasta que se hubo concluido", esto es: a Castaños no se le podía tribuir ningún mérito por la victoria, ya que "de esta gloriosa acción que se debió a la bizarría de las tropas y sus jefes inmediatos". A continuación, "Castaños se volvió a Sevilla, licenció una gran parte de su Ejército y pasó después a mucho tiempo a Madrid para entrar bajo los arcos triunfales que allí estaban preparados. Permaneció largo tiempo en aquella Capital sin que bastasen los clamores del General de Aragón a sacarle de allí hasta que viendo la indiferencia con que miraba la desolación de aquella provincia". Es decir, acusaba a Castaños de mantenerse indiferente y apático frente al sufrimiento y patriotismo de quienes resistían a los franceses en la Zaragoza asediada[9].

Cuando por fin las circunstancias y presiones le obligaron y "salió de Madrid Castaños después de tres meses de descanso y su Ejército pasó todo agosto a octubre, y hasta fines de noviembre sin hacer nada. Los franceses en aquella época no tenían fuerza en la orilla izquierda del Ebro, pero el objeto del General Castaños no era el batirse y sí, según se infiere de la poca energía con que obró, el mantenerse pasivo" con el desgraciado resultado de Tudela. Tras ello, a juicio de Calvo de Rozas, Castaños siguió cubriéndose de ignominia "retirándose y dejando morir de hambre a los soldados" en vez de haber aprovechado para atacar a la retaguardia francesa que se preparaba para sitiar nuevamente Zaragoza[10]. En conclusión, lanzaba las acusaciones de traición sobre Castaños ya antes de 1808 y durante cada una de las acciones de ese año.

Todas estas batallas por la opinión pública no acabaron con el Consejo de Guerra a Castaños en 1809, ni con la Guerra de Independencia en 1814. El brigadier Fernando Butrón, amigo de Palafox, escribió en 1814 en su favor y criticando a Castaños, insistiendo en los mismos argumentos ya expuestos y cómo tras la retirada de Castaños de Tudela, Palafox "se advertía abandonado a sus solos arbitrios"[11]. Y, por último, fue el propio José de Palafox el que se manifestó por palabra impresa en estas cuestiones. Le costó bastantes años, pues fue escribiendo entre 1814 y 1835 sus memorias. En ellas volvía a repetir las nefastas órdenes de Castaños en Tudela y su desastrosa retirada que dejó a su suerte a Aragón. Así, escribía que "Castaños en el centro, con todo lo mejor y lo más escogido del ejército español antiguo (…) dejaba mucho terreno descubierto por su izquierda", cómo tuvo que acatar las órdenes de retroceder a Tudela donde "En vano esperó después el auxilio de las tropas de este mismo ejército del centro, porque todas ellas, siguiendo otra dirección por su izquierda, se alejaron para emprender una retirada que fue desastrosa. Quedó así el ejército de Aragón solo"(Palafox 1994: 68-69). "Zaragoza se mantuvo constante, a pesar de faltarle este poderoso y necesario auxilio exterior" (Palafox 1994: 34) "Zaragoza resistía la opresión extranjera y salvaba a España con extraordinarios esfuerzos, encendió en su pecho la envidia más atroz. Quedó aquella augusta ciudad abandonada, sola" (Palafox 1994: 36) por causa "la venenosa envidia" de los partidarios de Castaños, aquellos a los que había hecho referencia el Conde de Montijo (Palafox: 37).

4. Los ecos del rumor: de Caparroso a Miguelturra

Como se ha visto, el rumor de la traición de Castaños se empezó a forjar en las riberas navarras, riojanas y aragonesas del Ebro, tanto por aquellos generales y soldados que iniciaron las retiradas ordenadas por Castaños ante el avance napoleónico como por los hombres del círculo de los Palafox, que mantuvieron la campaña de propaganda a lo largo de toda la Guerra de Independencia y aún después de ella. Los soldados de O'Neill ya habían juzgado negativamente la orden de retirada de Caparroso a Tudela, de lo que culparon a Castaños. Pero es que los propios soldados del Ejército del Centro también criticaron a su propio general, concretamente tras la retirada de Cascante hacia Calatayud primero, hacia Sigüenza después. Algunos incluso desertaron de Castaños… para dirigirse a Zaragoza a ponerse bajo las órdenes de Palafox.

Quienes observaron al Ejército del Centro en su retirada, o quienes padecieron las penurias de aquello, dieron cuenta del malestar patente contra Castaños, que se retiró de Cascante con casi 21.000 soldados en la tarde del 23 de noviembre y llegó a Sigüenza con apenas 10.000 el 2 de diciembre de 1808. Cartas españolas interceptadas por los franceses lo cuentan. Las autoridades en Sigüenza explicaban: "la retirada se ha hecho en el mayor desorden, no vemos más que pasar a heridos, [soldados con] pies desnudos, muriendo de hambre, y todos se quejan de la poca inteligencia del general". Un oficial escribía: "la situación de nuestro afligido ejército no puede ser más triste. Este era el día que debía ser sacrificado Castaños para favorecer a la

patria, se dice es el autor del desastre". Y añade que en la última revista que pasó Castaños a las tropas: "Todos los soldados le acusan de traición, y yo lo creo, porque nosotros hemos sido engañados durante dos meses" (Gazette Nationale ou Le Moniteur Universel 1808).

Así estaban los ánimos. Castaños podría haber acabado linchado y arrastrado por sus propios soldados, como tantos otros en 1808. Fue afortunado, solo quedó destituido y llamado a presentarse ante la Junta Centra. Es normal que escribiera estas amargas palabras: "La voz de *traición* ya no significa lo que hasta ahora hemos entendido: traidor es un General que no ataca cuando se le antoja a un soldado o aun cualquiera que está a doscientas leguas del enemigo: traidor si retira el Ejército que va a ser envuelto y sacrificado sin recurso y sin utilidad para la Patria (el haber sacrificado así el del Centro en Calahorra, sí que hubiera sido una traición y una pérdida irreparable para España): *traición*, se dice, si alguna vez falta el socorro o el pan al soldado: *traición* si el enemigo ataca por que se supone ha sido avisado por el General para entregarle el Ejército, y traidores todos los Jefes si por desgracia se pierde una acción" (Junta Central 1809).

Mientras Castaños se lamentaba, en Zaragoza se alegraban. El 6 diciembre el zaragozano Faustino Casamayor escribía en su diario: "Por la tarde recibió S. E. un posta de haber preso de orden de la Junta Central al general Castaños en Sigüenza, con su obispo y otros personajes, por sospechosos en la desgraciada acción de nuestras tropas en Tudela" (Casamayor 2000: 146).

Y en la capital de España circulaban las noticias de la pérdida de Logroño, de la derrota de Tudela, de la retirada de Castaños, se publicaba en la prensa, lo contaban los hombres del círculo Palafox o iba de boca en boca. La tensión en Madrid, además, aumentó. Tras cruzar el Ebro, Napoleón se enseñoreó de Castilla y atravesó el paso de Somosierra el 30 de noviembre. Entre el 2 y el 4 de diciembre bombardeó y atacó Madrid. El pueblo quiso resistir, las autoridades capitularon. El general Benito San Juan, quien había fracasado en la defensa de Somosierra y no pudo evitar la caída de Madrid, acabó muerto a bayonetazos por sus soldados en Talavera de la Reina el 7 de enero de 1809. ¿Qué habrían hecho aquellas gentes con tales ánimos si hubiera estado a su alcance el que hacían culpable de la pérdida de la línea del Ebro? Entre noviembre y el 4 de diciembre circularon varios folletos y pasquines que nos dan testimonio de la opinión pública madrileña sobre el general Castaños.

Esos textos, en parte reflejo de lo que circulaba de boca en boca, fueron en su mayor parte anónimos, pero podemos sospechar quienes los incitaron: ese amplio círculo pro Palafox. En ellos se insultaba y amenazaba directamente a Castaños y sus partidarios. Los más suaves, en un texto firmado por "El Patriota", lo mencionaban como "el inútil de Castaños" para continuar señalando que: "el odio implacable de todo buen Español recae hoy contra el bujarrón de Castaños que entretenido con lujuria con sus edecanes pasa el tiempo favoreciendo al enemigo sea por malicia e impericia"[2].

En ese punto, la información, la propaganda, la crítica lanzada desde arriba, desde nobles, militares y políticos, era amplificada, en un eco popular de la

opinión pública que incluso escapaba a su control. Los pasquines y rumores en una situación de tal conmoción bélica y efervescencia casi revolucionaria se redoblaron y traspasaron todas las líneas. Ya no era un duelo entre facciones de altas esferas, era un acoso y derribo desde abajo al identificado como causa de todos los males del pueblo español: la derrota, la retirada, la invasión napoleónica y sus desastres cotidianos… y en última instancia del desdichado destino del rey, su rey, Fernando VII. Retirándose de Logroño, no socorriendo Lerín, replegando fuerzas de Caparroso, imponiéndose a Palafox, huyendo de Tudela, Castaños no solo perdía una campaña militar en el Ebro, perdía Madrid, perdía España, perdía todo su capital simbólico, perdía la batalla de la opinión pública, podía perder al rey y la nación, podría haber perdido, literalmente, su propia cabeza.

Un escrito denunciaba: "No puedo menos de hacer presente a V. A. S. con el más profundo respeto; que todo el Pueblo de Madrid está muy indignado con el proceder del General Castaños por la retirada de Logroño". Otro insistía en el mismo argumento: "El Pueblo de Madrid se halla enfurecido y con un disgusto general por la morosidad y perfidia del Sr. Castaños en no querer obrar, por más que le dicen con su dilatado ejército, aunque ve que no cesan los Franceses de perseguir a Blake. El abandono de Logroño (por solo su mala voluntad al Sr. Cuesta) ha sido un trastorno para todo, y para que los franceses hayan entrado". Y hay introducía otro factor: Castaños ya no era solo un intrigante y ambicioso contra Palafox, sino también contra el general Gregorio de la Cuesta[12].

Y es que cualquier parecía, a ojos de la opinión pública, mejor general que Castaños. Cuando se eligió a Benito San Juan para mandar a las tropas que debían detener a Napoleón en la Sierra de Madrid, se le acusó de afrancesado y amigo de Castaños: "este es un militar en el nombre, muy sospechoso y francés de corazón; intima hechura de Morla y Castaños; de este hombre qué puede esperarse; y qué desconsuelo tan general para todos los militares, en ver semejantes elecciones dirigidas por la más crasa ignorancia. Elíjanse a un Cuesta, La Romana, Infantado, Palafox, Reding, Venegas, Coupingni, y otros acreditados como estos"[13].

La solución para la opinión pública española de Sierra Morena hacia el norte era clara: el general Castaños debía ser destituido, arrestado, juzgado, condenado e incluso ejecutado porque era causa de todo mal. Y los textos eran muy explícitos al respecto, no escatimando en descalificativos: "El Pueblo voz del Cielo: Y esta dice en primer lugar que Castaños jamás fue bueno, ni puede serlo, que nada ha hecho, ni es capaz de hacer, que es odioso al Ejército, al Pueblo, y sin embargo está sostenido por un partido sospechoso", "Castaños es malo e ignorante. Es quien intriga", "Mientras que a Castaños y Lapeña no se les quite el mando y la cabeza, peligra la patria". "Castaños es traidor o cobarde", "el General Castaños malquerido de la nación, aborrecido de sus divisiones, envidioso usurpador de las glorias ajenas, protector de cobardes y pícaros"[14].

La Junta Central lo destituyó, efectivamente. Y se le formaría consejo de guerra antes de que fuera restituido como uno de los miembros de la Regen-

cia. Pero para muchas personas, aquello era insuficiente y, por tanto, intentaron ejercer la justicia popular. El mismo Castaños denunciaría que casi es linchado en su camino a Sevilla. Iba con una escolta de 30 soldados de infantería 15 de caballería "demasiada en otras circunstancias pero muy corta en la actualidad que los Pueblos no respetan ni Justicia ni Gobierno, y ejecutan escandalosamente cuantos excesos e insultos promueven algunos perversos tumultuarios imbuidos de las execrables especies que han esparcido el prodigioso número de desertores diciendo que todos los Generales son traidores, que tenían vendidos a los soldados por un tanto, que los llevaban al matadero". Tal era el odio hacia los generales y hacia Castaños en particular, que cada entrada en un pueblo era "lo mismo y aún peor que prevenir una batalla", comprometiendo "hasta el último extremo". Fue en el pueblo de Miguelturra (Ciudad Real) donde más peligro corrió: "el tumultuado pueblo corrió la vos de *muera*, *muera*". De no haber sido por la escolta de caballería que dispersó al "inmenso gentío" a espadazos, Francisco Javier Castaños podría haber acabado su historia en aquel pueblo manchego. A partir de entonces, evitó entrar en los pueblos, dando rodeos hasta llegar a Sevilla.

El que fuera para algunos el "héroe de Bailén" hacía tan solo unos meses, en el verano de 1808, era, para muchos, el gran "traidor" de España en el otoño-invierno de 1808-1809. A partir de 1810, quedaría restituido, pero las sombras le persiguieron mucho tiempo. Castaños sería criticado por absolutista años más tarde, bajo el reinado de Isabel II, volviendo a recordar sus sombras de 1808. José de Palafox acabó sus memorias en 1835. Un año después, la prensa liberal progresista cargaba contra el Duque de Bailén: volvían sobre "la dispersión del Ebro" y lo calificaban de "alto servil". Como dirían en 1836 en el periódico el *Eco del Comercio*, ciertamente "lo de Castaños ya pasa de castaño oscuro" (Eco del Comercio 1836).

Notas

1 Lapeña o La Peña. Aparece de ambas formas en las fuentes.

2 Recordemos que en sus 94 años de vida, Francisco Javier Castaños no contrajo matrimonio ni tuvo descendencia. Los rumores tienen, muchas veces, una base de realidad o, al menos, de credibilidad. Existen muchas posibilidades y, por tanto, se podría plantear la necesidad de una investigación del general Castaños desde la perspectiva de los estudios de género, construcción de masculinidades y sexualidad no hegemónica a comienzos del XIX. Puede que los rumores fueran ciertos, que Castaños fuese homosexual (aunque es un concepto anacrónico). O, simplemente, al ser soltero en la mentalidad de la época se asociase con ello. O una forma más de los enemigos de Castaños de atacarlo, en su vida personal, como alguien falto de "hombría" en el campo de batalla y en su vida privada, lo que también es muy probable a vista del presente artículo. En cualquiera de los casos resultaría de interés abordar al personaje y las construcciones en torno a él desde estas perspectivas.

3 O'Neill, J. (1808): *Descripción que hacen en noviembre de 1808 el general Juan O'Neill y el vocal comisionado de la Junta Central en Aragón, Francisco de Palafox, de la batalla de Tudela*. Archivo Histórico Nacional, Signatura ESTADO, 17, A: (1808-11-23).

4 *Idem*

5 *Idem*

6 Montijo, C. de (1809): *Correspondencia del conde de Montijo dirigida a José de Palafox*. Archivo Municipal de Zaragoza-Fondo General Palafox, Signatura: 54-7/18-19, 1809 y 1820.

7 Calvo de Rozas, L. (1809): *Copia de un artículo realizado por Lorenzo Calvo defendiendo a José de Palafox y advirtiendo la falta de armonía entre éste y el general Javier Castaños a raíz de la batalla de Tudela*. Archivo Histórico Nacional, Signatura DIVERSOS-COLECCIONES,158,N. Sevilla, (1809-05-25).

8 Calbo de Rozas, L. (1809): *Escrito de Lorenzo Calbo de Rozas defendiendo la actuación de José de Palafox contra las imputaciones del General Castaños*. Archivo Municipal de Zaragoza-Fondo General Palafox. Signatura: 48-10, caja 08225.

9 *Idem*

10 *Idem*

11 Butrón, F. (1814): *Escrito del General Fernando Butrón al redactor del Zaragozano Constitucional sobre los méritos de José de Palafox durante los Sitios, en respuesta a un artículo de Calvo de Rozas, publicado por ese periódico*. Archivo Municipal de Zaragoza-Fondo General Palafox, Signatura: 1-9/3, caja 08145, 1814, marzo, 14, Ceuta.

12 VVAA. (1808): *Anónimos hostiles sobre la actuación y conducta de diversos individuos e instituciones*. Signatura:ESTADO,52,A.

13 *Idem*

14 *Idem*

Fuentes documentales

Palafox, L. (1809): *Resumen de los servicios del Marqués de Lazán en la presente Guerra de la Independencia*. Signatura: 2-1/1-2, caja 08146.Archivo Municipal de Zaragoza, Fondo General Palafox.

Bibliografía

Alcaide Ibieca, A. (1830): *Historia de los dos Sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*. Imprenta de D. M. de Burgos. Madrid.

Cardesín, J. M. (2008): Motín y magnicidio en la Guerra de la Independencia: La voz de "arrastrar" como modelo de violencia colectiva. *Historia Social*, 62: pp. 27-47.

Casamayor, F. (2000): *Diario de Los Sitios de Zaragoza (1808-1809)*. Comuniter. Zaragoza.

Casaniello Pérez, A. (2005): La guerra Peninsular de 1808: del entusiasmo a la frustración. *Revista de Historia Militar*, número extraordinario: pp. 99-124.

Dufour, G. (1989): *La Guerra de la Independencia*. Historia 16. Madrid.

Eco del Comercio (28 de enero 1836): Retratos políticos. *Eco del Comercio,* 638.

García Fuertes, A. (2008): El ejército español en campaña en los comienzos de la Guerra de la Independencia, 1808-1809. *Monte Buciero*, 13: pp. 101-166.

Gazeta de Zaragoza (7 de enero 1809): Exposición de las últimas operaciones del ejército de Aragón en Navarra para instrucción y desengaño de los buenos españoles. *Gazeta de Zaragoza,* 2.

Gazette Nationale ou Le Moniteur Universel (22 de diciembre 1808): Lettres interceptées. *Gazette Nationale ou Le Moniteur Universel,* 357.

Girón, P. A. (1978): *Marqués de las Amarillas: Recuerdos (1778-1837)*. Ediciones de la universidad de Navarra. Pamplona.

Junta Central (1809): *Reales órdenes de la Junta Central Suprema de Gobierno del Reyno; y representaciones de la de Sevilla y del general Castaños acerca de su separación del mando del Ejército de operaciones del Centro. Con las demás contestaciones que ha producido este asunto*. S.n. S.l.

Orta Rubio, E. (2002): Dos fuentes complementarias de la Batalla de Tudela (23 de noviembre de 1808) (Miranda Rubio, F. coord.). *Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia*. Ediciones Eunate. Pamplona: pp. 449-458.

Palafox, J. (1994): *Memorias. Edición, introducción y notas de Herminio Lafoz Rabaza*, Rolde de Estudios Aragoneses-Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza.

Rújula, P. y Canal, J. (2012): *Guerra de ideas: política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia*. Marcial Pons. Madrid.